

Indios y ganado en la frontera

La ruta del río Negro
(1750-1830)


Sebastián L. Alioto



prohistoria
ediciones



Centro de Documentación Patagónica
Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur



Sebastián L. Alioto es profesor, licenciado y doctor en Historia por la Universidad Nacional del Sur, donde actualmente se desempeña como docente. También revista como becario postdoctoral del CONICET, desarrollando investigaciones sobre la historia de los indígenas y de las relaciones interétnicas de la región pampeano-nordpatagónica y Araucanía entre los siglos XVI y XIX.

Índice

SIGLAS MÁS UTILIZADAS	9
AGRADECIMIENTOS	11
PRÓLOGO por Daniel Villar.....	13
INTRODUCCIÓN.....	17
CAPÍTULO I <i>Vitalidad de un estereotipo: el indio ladrón de ganado, la ruta del río Negro y el mercado chileno</i>	21
CAPÍTULO II <i>Indios, potros y lanzas: el problema del ganado en las pampas (segunda mitad del siglo XVIII)</i>	49
CAPÍTULO III <i>Animales y aguardiente en el nacimiento de Carmen de Patagones (1779-1810)</i>	77
CAPÍTULO IV <i>El ganado en la plaza de Valdivia: subsistencia y comercio (1750-1810).....</i>	117
CAPÍTULO V <i>La frontera de Concepción en el siglo XVIII: ahogo económico y comercio con los indios</i>	149
CAPÍTULO VI <i>El tráfico en Patagones en la década de 1820.....</i>	169
CAPÍTULO VII <i>Valdivia en las primeras décadas del siglo XIX.....</i>	213
EPÍLOGO	245

PRÓLOGO

“...cuando las sombras eran largas y el antiguo camino se perfilaba..., como un sueño del pasado... los jinetes de aquella nación perdida descendían del norte...se podía oír a los caballos y el aliento de los caballos y los cascos de los caballos,... nación y fantasma de nación pasando en una coral suave...hacia la oscuridad para toda la historia... seguirían cabalgando en aquella oscuridad en que se habían convertido...hacia el sur y a través de las praderas...”

McCarthy, *Todos los hermosos caballos*.

Galopando en las fangosas tinieblas de su salvajismo insuperable –como los imaginó Ángel Della Valle en la vuelta del malón desacratorio– los *Indios, ladrones desde tiempo inmemorial* y para siempre, perpetuamente sospechosos de causar presuntas ruinas ajenas, *matando y saqueando las poblaciones del sur y llevándose cientos de miles de cabezas por año* cuyo flujo ilícito enriquecía a todas las provincias del sur chileno, terminarían convirtiéndose en artífices de la propia, condenados –eso sí– de antemano e irremediablemente.

En su libro, Sebastián Alioto avanza en la tarea –ya iniciada con la elaboración de la tesis doctoral– de desmontar ese más que centenario estereotipo nacido de la necesidad de legitimar primero –y justificar más tarde– la violenta cancelación de la vida autónoma de los *Indígenas* de las pampas y el norte patagónico, indispensable presupuesto de la viabilidad de nuestro estado–nación, e incorporado, luego de concluida esa etapa, a distintas pero numerosas construcciones historiográficas y antropológicas con sorprendente persistencia.

Estos *incorregibles*, que habían invertido por generaciones sus mejores esfuerzos en *robar* ganado especialmente en la llanura bonaerense, yendo por la ruta del sur a intercambiarlo sin disidencia alguna, ni mengua de su laborioso empeño, al otro lado de la cordillera, o a *conchabarlo* con adquirentes que de allí provenían, no sólo merecieron el castigo del brazo armado de celosos y prósperos propietarios o candidatos a serlo, sino la humillación, posiblemente más tolerable pero igualmente injusta, de *pasar a la historia* transmutados en un rotundo hato de *delinquentes*.

Muchos –no diré todos– de quienes nos interesamos por la historia de las Sociedades Indígenas regionales aceptamos sin beneficio de inventario, de manera explícita o implícita, en su conjunto o en parte, con matices moderadores de su

hacia la cordillera dio cuenta en un celeberrimo diario, uno de cuyos fragmentos representaría –mucho más allá de la voluntad del redactor– el basamento principal del meneado estereotipo: se cruzó en su derrotero con unas ocho mil cabezas de ambas clases que tres centenares de *ladrones* autóctonos arreaban hacia la costa pacífica, habiéndolos tomado como lo hacían a menudo –aunque no siempre y únicamente– en los campos del este, donde pastaban en libertad por ser animales *salvajes* o por haberse *asilvestrado*, según se les explicó –con nula eficacia persuasiva y no sólo en esa oportunidad– a distintos interlocutores *letrados* que en toda ocasión veían *robos que lastimaban el Alma* en la expresiva confesión de Pinazo a su virrey.

Ante los ojos de Villarino pasó aquella vez el numeroso arreo, pero quienes después hicieron de su narración sesgada lectura se apropiaron del episodio y lo multiplicaron argumentativamente, como si se hubiera repetido a diario durante largísimo tiempo: las ocho mil cabezas estimadas un día a ojo de buen cubero se convirtieron en *cuarenta mil anuales* calculadas –vaya a saber cómo– por el futuro presidente de la nación *sin Indios*, o las *cien mil por año* postuladas con idéntica liviandad por su vigoroso estratega Manuel de Olascoaga.

De nuestro archivo general, Alioto colectó los datos que demuestran el cotidiano *cambalache* que los consabidos *robadores* hacían en el fuerte y el poblado del Carmen con vacas propias o tomadas en los campos de *castas* o en acciones de guerra desarrolladas en la frontera vieja bonaerense. No se trató de maniobras clandestinas puestas a cubierto de posibles sanciones mediante la ocultación y el silencio: los negocios se hacían a plena luz del día, con conocimiento y consentimiento de los pobladores, las autoridades locales y sus superiores en la capital del virreinato, aun cuando el ganado *cambalacheado* fuera en parte fruto de la actividad bélica, como indudablemente lo fue durante los momentos de mayor conflictividad de la segunda mitad del siglo XVIII. No había forma de sobrevivir en un lugar lejano y aislado, con frecuencia comunicado sólo por mar, y se hizo entonces del pecado fiesta, y los *Indios*, conscientes de ello e interesados en el intercambio, proveyeron carne largo tiempo.

Hasta momentos hubo durante el siglo XIX en que las circunstancias tornaron objetivamente aliados a compradores criollos y vendedores nativos, cuando el gobierno de la provincia decretó prohibiciones que unos y otros desatendieron porque a ninguno le convenía la interrupción, generando las previsibles consecuencias burocráticas paso a paso registradas en los reclamos a que dieron lugar las transgresiones. En varias de estas piezas documentales renacerá vigorosa la coartada del legendario comercio valdiviano, descrito por los comandantes de Patagones –en algún caso ellos mismos activos participantes a título personal del *cambalache* local– con cargadas tintas: fantasmagóricos compradores ansiosos de adquirir cuanto vacuno se pusiera a su alcance, con improbable caudal en monedas de oro que –si existiese– seguramente los vendedores nativos no habrían preferido

contundencia o sin ellos, con referencia a este momento o a aquel de los procesos, la hipótesis del *robo* cisandino y del comercio *ilícito* en el país del oeste o en diversos y nunca precisados puntos de la ruta que comunicaba con él. Esa complaciente aceptación crítica implicó cargar sobre las espaldas de los *Indios* una presunción de culpabilidad que sólo recientemente ha comenzado a ser puesta en cuestión.

Andando por el camino de la duda, Alioto fijó los límites temporales y espaciales de su investigación y, con el ánimo dispuesto a revisar con cuidado las bases en que se apoyó la construcción estereotípica, se planteó luego las elementales preguntas que, en casos distintos, hubieran sido formuladas desde el principio y que en este, en cambio –¿qué otra cosa sino la expresión de una insensata barbarie podría esperarse de los bárbaros?–, raramente se enunciaron con la profundidad merecida.

La obtención de respuestas demandó la visita a archivos chilenos, con el propósito de verificar si la documentación reflejaba la introducción de los animales que se decían continuamente adquiridos a los *Indios* y sus posibles asignaciones posteriores –una, más de una, o la totalidad al unísono–, bien sea para consumo propio, bien para su remisión a las plazas ubicadas más al norte del país o para ser faenados con vistas a la exportación de subproductos.

Fue entonces que la mítica Valdivia rica en ganados provenientes de las pampas se deshizo frente a la Valdivia real, escasa en población, frágilmente dependiente del *real situado* peruano, invariablemente quejosa de sus pobres condiciones de vida y de la imposibilidad de mejorarlas, preocupada por las pérdidas y los riesgos que conllevaba el mantenimiento de endémicos tratos con los *Indios*, convertidos en intermitentes compradores de aquellos mismos yeguarizos y vacunos que hubieran debido sobrarles, a cambio de sus artesanías. Tampoco la ruptura de la dependencia colonial liberó a los valdivianos de esos apuros, sino que la situación comprometida se prolongó, aunque variaran –o se reacomodasen– actores y contextos, agravada si se quiere por la turbulencia revolucionaria en la que muchos vieron al principio el empeoramiento de condiciones que de por sí no habían sido satisfactorias.

Esas desfavorables circunstancias recién comenzarían a cambiar hacia el principio de la segunda mitad del siglo XIX, unos veinte o treinta años antes de que Julio Roca se pusiera aquí en campaña, cuando –entre otras transformaciones– el comercio de ganado con el sur chileno adquirió las características que mejor se prestaban para la construcción del mito de la perenne sangría.

El autor de este libro, sin embargo, no se conformó con ese resultado, sino que se propuso también examinar el caso de Carmen de Patagones, el enclave fronterizo que vio partir en 1782, aguas arriba del Río Negro, a Basilio Villarino, comisionado precisamente para abrir camino a Valdivia, siguiendo un rumbo análogo al que –según se sostendría más tarde– fatigaban los recalitrantes *conchavadores* –*Indios* y *criollos*– de yeguarizos y vacunos. De las vicisitudes de su marcha

como medio de pago, y los adquirentes hubieran optado por reservar para fines más convenientes.

Entonces, ¿debería entenderse que los nativos no llevaron nunca ganado a Chile? Por cierto que no. Lo que Alioto dice es que el tráfico *desde tiempo inmemorial* no tuvo lugar de la manera constante, caudalosa y unidireccional que se le adjudica; que ni en Chile ni aquí hay elementos documentales que apoyen esa afirmación con relación al período estudiado, sino lo contrario; que la supuesta ilicitud de los intercambios no es causa suficiente para argumentar que estos permanecen en las sombras y no se perciben por esa razón; que, además de hallarlos a menudo registrados, hay modos de verificar si el flujo llegaba o no a destino con la periodicidad y volumen invocados y que esas vías alternativas desalientan la idea de una torrencial afluencia; que los *Indios* —y los hispano criollos— tomaban vacunos y yeguarizos en los campos de *castas*; que los primeros tenían además sus propios rodeos vacunos y sus caballadas; que se intercambiaban animales entre los grupos regionales; que los saqueaban en unas fronteras —aplicando una lógica incursiva que en principio no es sinónimo de *robo*, sino un asunto más complejo que sólo en excepcionales aportes ha sido examinado e incorporado a la explicación de los procesos interétnicos— y los ofrecían en otras, con la aquiescencia de los pobladores y aun cuando estos conociesen su controversial procedencia, como sucedió en Patagones y fue denunciado en varias oportunidades por distintos expositores contemporáneos de los hechos.

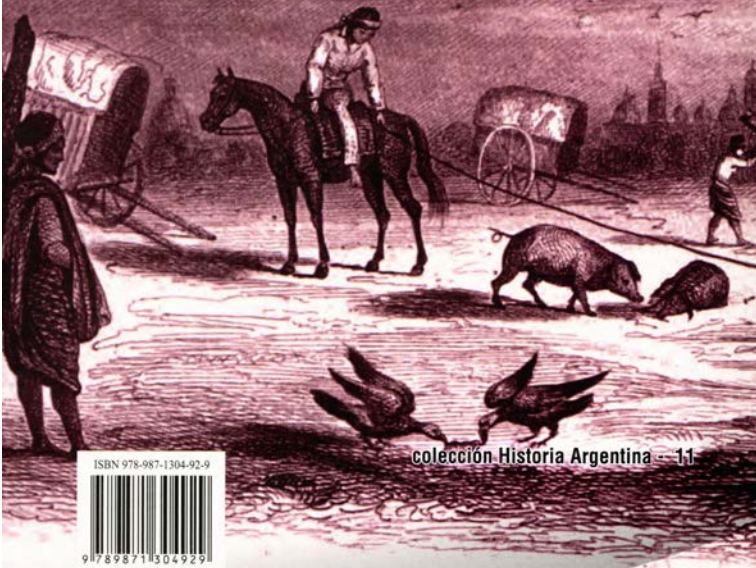
Viene a decirnos, en suma, que existen tordos blancos y que esa constatación impide afirmar en lo sucesivo que todos son negros y nos obliga a reformular preguntas y afinar los medios en busca de mejores respuestas.

Principalmente en este caso. Porque no está bien —me parece— que quienes habiendo sido invadidos y empujados sin motivo a conflictos centenarios, tildándose de impenitentes y unánimes saqueadores de bienes ajenos, cuyas voces y razones antes atronadoramente audibles se han ido desvaneciendo, humos en el viento, para tornarse casi imperceptibles —*nación y fantasma de nación*— no puedan volver a *hablar desde el pasado* en su defensa.

Esto —y la expresión de mi alegría por haber acompañado a Sebastián Alioto en la parte inicial de su propio camino— es lo que deseo dejar escrito.

Daniel Villar
Bahía Blanca (Argentina),
junio de 2011

Según uno de los relatos estereotipados de nuestra historia, durante los siglos XVIII y XIX, los indígenas realizaban masivos robos de ganado en las estancias pampeanas con el propósito de vender los animales en las fronteras chilenas, especialmente en Valdivia. A través de una copiosa documentación, Sebastián Allíoto estudió las situaciones de esa ciudad y de Carmen de Patagones con el objetivo de cuestionar aquella visión, demostrando la debilidad de sus fundamentos. El examen a dos costas de lo ocurrido con el tráfico de ganado ofrece una nueva imagen sobre las relaciones interétnicas y su vínculo con la conformación de un espacio regional.



ISBN 978-987-1304-92-9



9 789871 304929

colección Historia Argentina - 11